ETC.
Investigación y reportajes Página/12



EE.UU. PANAMA

Por Walter Goobar

LA BATALLA DEL CANAL

Durante los últimos dos años, los Estados Unidos han exigido a Panamá la cabeza del general Manuel Antonio Noriega, el controvertido y polémico jefe de las Fuerzas de Defensa, acusado ante un tribunal de Miami de presuntas vinculaciones con el narcotráfico. De esta manera, Noriega se podría convertir en el primer ex aliado caído en desgracia procesado por la justicia norteamericana, que jamás juzgó a Somoza, a Marcos o a Duvalier. A instancias de los Estados Unidos, el presidente Eric Delvalle pretendió destituir a Noriega y finalmente fue él quien terminó destituido. Allí comenzaba la batalla final por Panamá. El estrangulamiento económico, la guerra diplomática, los cuartelazos y una incontenible espiral de violencia...

En la Casa del Recuerdo, donde vivió el líder de la revolución panameña, Omar Torrijos, el general Manuel Antonio Noriega responde casi mecánicamente a una pregunta que desde hace dos años se ha convertido en su obsesión: "No voy a renunciar, ni voy a dejar Panamá. Esto no es Haití ni Filipinas, ni soy un Duvalier o un Marcos". Ese hombre introvertido, de baja estatura, con el rostro marcado por la viruela, se ha visto envuelto, desde hace dos años, en una guerra sorda con la Casa Blanca y el derrocamiento del presidente Eric Delvalle, que a instancias de los Estados Unidos pretendió, finalmente, sin éxito, relevarlo de la jefatura de las Fuerzas de Defensa panameñas, señaló el inicio de la batalla final por Panamá. La eventual caída de ese general contradictorio, temido y admirado, de trayectoria extraña y hasta turbia, según sus detractores, significaría el final de un proyecto político de descolonización, la prolongación de la presencia militar estadounidense en territorio panameño y un cambio en la geopolítica del área que abriría la posibilidad de un recrudecimiento del conflicto centroamericano.

"Pienso que si el general Noriega cayera, significaría el final de los acuerdos sobre el Canal, por los que mi amigo el general Omar Torrijos combatió tan duro. Sería también el fin de la independencia real de Panamá", declaró recientemente el escritor Graham Greene a *Le Monde Diplomatique*.

El hombre fuerte de Panamá se aferra fielmente a la máxima torrijista de que "el primer deber de un gobierno es no dejarse tumbar". Sin embargo, el nuevo gobierno encabezado por Manuel Solís Palma está aún lejos de haber cumplido con esa regla del torrijismo. Por el contrario, Panamá afrontó durante esta semana un fallido intento golpista protagonizado por el jefe de la policía y otros altos mandos militares, un caos y asfixia económica que generaron los desórdenes más violentos de los últimos años.

Desde hace un par de semanas, cuando al menos dos cortes norteamericanas embargaron fondos panameños y cortaron el flujo de dólares, Noriega comenzó a comprender que el dólar, aquella moneda tan corriente en su país, tiene el poder suficiente como para hacer estragos en la economía del "paraíso" financiero en el que 125 bancos controlan activos valorados entre 30.000 y 50.000 millones de dólares. Panamá debe afrontar en el curso de este mes el pago de 82 millones de dólares para renegociar su deuda externa que es del orden de los 2000 millones de dólares. Las reservas monetarias del Estado habrían descendido durante la última semana a los 20 millones de dólares y el gobierno debe hacer frente en marzo a pagos por valor de los 66 millones.



Encendiendo la mecha

DIVORCIO VIA PANAMA

Por Stella Calloni

"Nosotros no tenemos un Banco Central panameño que nos permita imprimir o devaluar. Aquí, la moneda es el dólar, no recibimos créditos, han sido cortados", señalaba hace escasamente un mes un funcionario del Ministerio de Planificación. Pero además del dólar, panameños y estadounidenses tienen otra obsesión compartida: el famoso canal, trasfondo de la disputa, que es vía obligada de tránsito para la mayor parte de los suministros de Estados Unidos a la Alianza Atlántica, al igual que para el 50 por ciento de las importaciones de petróleo y el 45 por ciento de las exportaciones norteamericanas. "Yo tomé el canal, y luego dejé que el Congreso debatiera el tema", filosofó en su momento el presidente Theodore Roosevelt, aludiendo a la temprana historia del canal, en una típica muestra del espíritu práctico que caracteriza a los norteamericanos. Fue ese mismo espíritu emprendedor el que en 1855 llevó a importantes financistas neoyorquinos a conseguir de manos de Colombia una concesión para establecer un ferrocarril que transportara mercaderías, pasajeros, tropas y pertrechos bélicos de uno a otro océano evitando la engorrosa y antieconómica ruta del Cabo de Hornos. Sin embargo, el ejército norteamericano debió intervenir entre 1856 y 1865 "para garantizar las inversiones de la Compañía Ferroviaria Panameña". En 1903, cuando el Senado colombiano rechazó el proyecto norteamericano de construcción del canal interoceánico, Roosevelt envió a las fortalezas flotantes USS Dixie y USS Nashville para impedir que Colombia sofocara la revuelta independentista panameña instigada por los norteamericanos. Cinco días después de la independencia se firmaba el primer tratado del Canal de Panamá, que, por esas paradojas de la historia no fue rubricado por ningún ciudadano panameño.

Muchos años después, otro político norteamericano reactualizaba la doctrina de Roosevelt, de la que Jimmy Carter se había apartado, al menos parcialmente con la firma de los acuerdos Torrijos-Carter que prometen una devolución condicionada del canal a los panameños para el año 2000. "Nosotros lo compramos, lo pagamos, lo construimos, es nuestro y pretendemos conservarlo", sentenció Ronald Reagan durante su campaña política para acceder a la Casa Blanca.

En 1986, cuando *The New York Times* recibió la filtración del ex consejero de seguridad John Poindexter, uno de los principales implicados posteriormente en el affaire Irán-Contras, acusando a Noriega de estar involucrado en el narcotráfico se desató la tormenta política sobre Panamá. El general decidió contraatacar y exigió a los bancos que suministraran información sobre las operaciones financieras de sus clientes sospechosos de estar vinculados al narcotráfico. Los mismos, que sin la menor traba tienen cuentas en Miami, la plaza financiera más importante del mundo en lo que respecta al manejo de fondos del narcotráfico.

Extrañamente, a pesar de las acusaciones del ex asesor de Reagan y del senador conservador Richard Helms, Noriega continuó manteniendo excelentes relaciones con las máximas autoridades norteamericanas encargadas de la lucha contra el tráfico de drogas. "Estimado general Noriega —decía la misiva que el 13 de febrero de 1987 envió al hombre fuerte de Panamá, el jefe de la Administración Antidroga de Estados Unidos (DEA), John C. Lawn—: le escribo para expresar mi gratitud y aprecio por la acción recientemente llevada a cabo por las Fuerzas de Defensa panameñas bajo su comando (...) Su tradicional posición de apoyo hacia la DEA es motivo de gran agradecimiento", expresaba la carta según consigna *Cambio 16*.

Exactamente un año después, un tribunal de Miami acusó a Noriega de narcotráfico, extorsión y otros delitos. Ese conspirador nato, arquetipo del personaje de novela de contraespionaje que montó extrañas operaciones con y contra la guerrilla salvadoreña, fue un interlocutor válido para Fidel Castro, mantuvo extrañas conexiones con la CIA y el Mossad, en 1984, se ofreció a participar junto a otros ejércitos de América Central en una eventual intervención en Nicaragua, quedó finalmente prisionero en la intrincada red de amistades que él mismo se había formado y cultivado.

Es fácil encender una mecha lo difícil es apagar un incendio" dice un cartel en el local de la Federación de Estudiantes de Panamá (FEP). Ellos son los "herederos" de la antigua vanguardia de la lucha anticolonialista y definen de esta manera el efecto de "boomerang" que puede tener una invasión norteamericana en ese país, la última carta que falta jugar a Washington, después de haber intentado por todos los medios eliminar lo que llaman "el bastión torrijista".

En Panamá, no hay quien ignore que la intervención comenzó hace demasiado tiempo. Fue en 1903, cuando las tropas norteamericanas, en violación incluso a los tratados de ese año, ocuparon la Zona del Canal y establecieron el mayor complejo militar estratégico en América latina y el tercero de importancia en el mundo para Estados Unidos.

Sesenta y cinco años después de la llegada de Estados Unidos al lugar, no exento de invasiones militares y confrontaciones tan graves como la sucedida el 9 de enero de 1964, un militar, el general Omar Torrijos, decidió que era "buen tiempo para acabar con el colonialismo, con la llaga sobre la piel".

El primer paso fue interesar al mundo sobre la situación panameña, especialmente durante la fiebre de la descolonización. En 1973, por primera vez en la historia panameña, el Consejo de Seguridad se reunía en la capital de ese país y el mundo daba *"vía libre"* a las aspiraciones de soberanía.

"Pocas veces en mi vida había sentido el odio tan clavado en la espalda —diría Torrijos— los norteamericanos no podían creer que habíamos ganado esa partida. Fui sometido a la más brutal campaña de calumnias. Narcotraficante, dictador, todo se dijo. No me detuve a explicar, debía ganar tiempo para revertir los Tratados de perpetuidad, porque de lo contrario, seríamos colonia para siempre. Para eso debía tener una presencia fuerte."

Uno de los pasos siguientes fue estructurar un ejército "distinto". "Necesitamos un verdadero ejército nacional —dijo Torrijos—, es decir independiente y que adopte como lema la defensa de la soberanía panameña o la muerte. He dejado andando la gota que horadará la piedra. No existe nada más firme que un ejército nacional para oponer al colonialismo. Las palabras se las lleva el viento y más aun cuando se trata de un país como Estados Unidos, frente a un paisito pequeño y pobre como el nuestro."

Diez años después, las palabras de Torrijos, cuya muerte en 1981 está caratulada en la memoria panameña, como "un crimen de la CIA", toman una vigencia especial. "Las palabras pretenden ser llevadas por los vientos de una administración irracional, como lo es la del presidente Reagan que ha reconocido públicamente su intención de no entregar el Canal, ni sacar las tropas de su sitio estratégico. Estratégico para la seguridad de Estados Unidos, pero no para la de Panamá, ni para la del Canal", ha dicho el general Manuel Antonio Noriega, el hombre a quien los seguidores de Torrijos identifican como su "mejor heredero" y sobre quien se abatió la furia norteamericana.

Desde 1981, pero más precisamente desde setiembre de 1985, cuando los funcionarios norteamericanos recogieron la primera negativa de Noriega a apoyar una aventura bélica en Centroamérica, Washington puso en la mesa de juego todas sus cartas.

Escenario de guerra

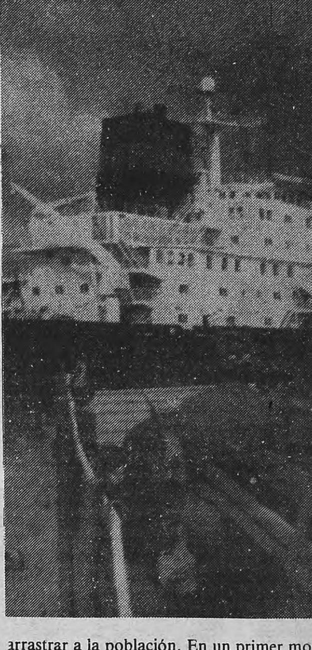
Como respuesta a las presiones estadounidenses, Noriega se involucró más aun en Contadora y realizó una gira ese año intentando llevar al diálogo a los ejércitos de Honduras y Nicaragua y eliminar lo que llamaba "un enfrentamiento artificial entre hermanos, que ha sido impuesto por una política ajena a la región y lesiva para nuestra propia seguridad". La tesis que confrontaba a Noriega con Washington era la posición del militar sobre "agotar las instancias de negociación porque nadie, ni uno de nosotros, escapará de un escenario de guerra en el lugar".

En enero de 1986, el encuentro del ex asesor de seguridad, John Poindexter con Noriega en la capital panameña fue más que duro, como lo describiera luego el *Miami Herald*. "Le dijo que EE.UU no apreciaba el papel de Panamá en el Grupo de Contadora porque ello afectaba las estrategias norteamericanas", señaló el periódico. Ante la negativa de Noriega a cambiar rumbos se decidió la campaña para "desautorizarlo" y la "primera parte fue la comparecencia de Elliot Abrams ante el Congreso denunciándolo por lavado de dinero" y otras cuestiones, añadió.

Desde julio de 1986, no hubo, se puede decir, ninguna actitud "medida". Washington preparaba las acciones contra Panamá organizando en ese país la Cruzada Civilista, cuyo primer antecedente fue en setiembre de 1985 la creación de la Coordinadora Civilista, cuando la magia irrumpió en el asunto.

En junio de 1987, un coronel de las Fuerzas de Defensa panameñas, Roberto Díaz Herrera, recibió "el mensaje mágico de la virgen", por intermedio del gurú Sathya Sai Baba, al que había conocido en Buenos Aires. Sai Baba, curiosamente, le indicó que debía dar su mensaje, justamente con los mismos argumentos que Washington usaba contra Noriega. El militar, que ya evidenciaba un delirio místico, vistiendo ropas de nazareno y jubilado, en esos días precisamente por su extraña conducta, sirvió para apresurar los planes.

La salida de la Cruzada Civilista intentó arrastrar a la población. En un primer momento hubo confusión, luego, como dirían los dirigentes sindicales "el agua se separó del aceite". Los integrantes de la Cruzada, con la abierta dirección del Partido Demócrata Cristiano, pequeño pero dinámico y cuyo modelo de democracia es El Salvador, pertenecen a la derecha pronorteamericana, así como al empresariado, ligado estrictamente por intereses al país del Norte. De la misma manera el Partido Panameñista de Arnulfo Arias, cuyo mejor antecedente democrático es una ley para la castración de ciudadanos negros.



La rebelión de los "rabiblancos", nombre acuñado a nivel popular para diferenciar a la clase alta, mayoritariamente blanca, del lugar, no tuvo el éxito esperado.

Todas las cartas estaban en juego. Díaz Herrera, quien en su delirio comenzó a cambiar su discurso y a enredar también a la Casa Blanca, pasó al olvido pero la campaña continuó. En setiembre de 1987, el Senado norteamericano tomaba partido abiertamente.

"Los demócratas tratan de lavar su culpa de la firma de los tratados de 1977 ante el electorado y apoyan a Reagan en el caso Pa-



Ante la escasez de dólares, el gobierno panameño optó por pagar con monedas acuñadas seis años atrás.



Encendiendo la mecha

DIVORCIO VIA PANAMA

"Nosotros no tenemos un Banco Central panameño que nos permita imprimir o devaluar. Aquí, la moneda es el dólar, no recibimos créditos, han sido cortados", señalaba hace escasamente un mes un funcionario del Ministerio de Planificación. Pero además del dólar, panameños y estadounidenses tienen otra obsesión compartida: el famoso canal, trasfondo de la disputa, que es vía obligada de tránsito para la mayor parte de los suministros de Estados Unidos a la Alianza Atlántica, al igual que para el 50 por ciento de las importaciones de petróleo y el 45 por ciento de las exportaciones norteamericanas. "Yo tomé el canal, y luego dejé que el Congreso debatiera el tema", filosofó en su momento el presidente Theodore Roosevelt, aludiendo a la temprana historia del canal, en una típica muestra del espíritu práctico que caracteriza a los norteamericanos. Fue ese mismo espíritu emprendedor el que en 1855 llevó a importantes financistas neoyorquinos a conseguir de manos de Colombia una concesión para establecer un ferrocarril que transportara mercaderías, pasajeros, tropas y pertrechos bélicos de uno a otro océano evitando la engorrosa y antieconómica ruta del Cabo de Hornos. Sin embargo, el ejército norteamericano debió intervenir entre 1856 y 1865 "para garantizar las inversiones de la Compañía Ferroviaria Panameña". En 1903, cuando el Senado colombiano rechazó el proyecto norteamericano de construcción del canal interoceánico, Roosevelt envió a las fortalezas flotantes USS Dixie y USS Nashville para impedir que Colombia sofocara la revuelta independentista panameña instigada por los norteamericanos. Cinco días después de la independencia se firmaba el primer tratado del Canal de Panamá, que, por esas paradojas de la historia no fue rubricado por ningún ciudadano panameño.

Muchos años después, otro político norteamericano reactualizaba la doctrina de Roosevelt, de la que Jimmy Carter se había apartado, al menos parcialmente con la firma de los acuerdos Torrijos-Carter que prometen una devolución condicionada del canal a los panameños para el año 2000. "Nosotros lo compramos, lo pagamos, lo construimos, es nuestro y pretendemos conservarlo", sentenció Ronald Reagan durante su campaña política para acceder a la Casa Blanca.

En 1986, cuando *The New York Times* recibió la filtración del ex consejero de seguridad John Poindexter, uno de los principales implicados posteriormente en el affaire Irán-Contras, acusando a Noriega de estar involucrado en el narcotráfico se desató la tormenta política sobre Panamá. El general decidió contraatacar y exigió a los bancos que suministraran información sobre las operaciones financieras de sus clientes sospechosos de estar vinculados al narcotráfico. Los mismos, que sin la menor traba tienen cuentas en Miami, la plaza financiera más importante del mundo en lo que respecta al manejo de fondos del narcotráfico.

Extrañamente, a pesar de las acusaciones del ex asesor de Reagan y del senador conservador Richard Helms, Noriega continuó manteniendo excelentes relaciones con las máximas autoridades norteamericanas encargadas de la lucha contra el tráfico de drogas. "Estimado general Noriega —decía la misiva que el 13 de febrero de 1987 envió al hombre fuerte de Panamá, el jefe de la Administración Antidroga de Estados Unidos (DEA), John C. Lawn—: le escribo para expresar mi gratitud y aprecio por la acción recientemente llevada a cabo por las Fuerzas de Defensa panameñas bajo su comando (...) Su tradicional posición de apoyo hacia la DEA es motivo de gran agradecimiento", expresaba la carta según consigna *Cambio 16*.

Exactamente un año después, un tribunal de Miami acusó a Noriega de narcotráfico, extorsión y otros delitos. Ese conspirador nato, arquetipo del personaje de novela de contraespionaje que montó extrañas operaciones con y contra la guerrilla salvadoreña, fue un interlocutor válido para Fidel Castro, mantuvo extrañas conexiones con la CIA y el Mossad, en 1984, se ofreció a participar junto a otros ejércitos de América Central en una eventual intervención en Nicaragua, quedó finalmente prisionero en la intrincada red de amistades que él mismo se había formado y cultivado.

Por Stella Calloni

Es fácil encender una mecha lo difícil es apagar un incendio" dice un cartel en el local de la Federación de Estudiantes de Panamá (FEP). Ellos son los "herederos" de la antigua vanguardia de la lucha anticolonialista y definen de esta manera el efecto de "boomerang" que puede tener una invasión norteamericana en ese país, la última carta que falta jugar a Washington, después de haber intentado por todos los medios eliminar lo que llaman "el bastión torrijista".

En Panamá, no hay quien ignore que la intervención comenzó hace demasiado tiempo. Fue en 1903, cuando las tropas norteamericanas, en violación incluso a los tratados de ese año, ocuparon la Zona del Canal y establecieron el mayor complejo militar estratégico en América latina y el tercero de importancia en el mundo para Estados Unidos.

Sesenta y cinco años después de la llegada de Estados Unidos al lugar, no exento de invasiones militares y confrontaciones tan graves como la sucedida el 9 de enero de 1964, un militar, el general Omar Torrijos, decidió que era "buen tiempo para acabar con el colonialismo, con la llaga sobre la piel".

El primer paso fue interesar al mundo sobre la situación panameña, especialmente durante la fiebre de la descolonización. En 1973, por primera vez en la historia panameña, el Consejo de Seguridad se reunía en la capital de ese país y el mundo daba *"vía libre"* a las aspiraciones de soberanía.

"Pocas veces en mi vida había sentido el odio tan clavado en la espalda —diría Torrijos— los norteamericanos no podían creer que habíamos ganado esa partida. Fui sometido a la más brutal campaña de calumnias. Narcotraficante, dictador, todo se dijo. No me detuve a explicar, debía ganar tiempo para revertir los Tratados de perpetuidad, porque de lo contrario, seríamos colonia para siempre. Para eso debía tener una presencia fuerte."

Uno de los pasos siguientes fue estructurar un ejército "distinto". "Necesitamos un verdadero ejército nacional —dijo Torrijos—, es decir independiente y que adopte como lema la defensa de la soberanía panameña o la muerte. He dejado andando la gota que horadará la piedra. No existe nada más firme que un ejército nacional para oponer al colonialismo. Las palabras se las lleva el viento y más aun cuando se trata de un país como Estados Unidos, frente a un paisito pequeño y pobre como el nuestro."

Diez años después, las palabras de Torrijos, cuya muerte en 1981 está caratulada en la memoria panameña, como "un crimen de la CIA", toman una vigencia especial. "Las palabras pretenden ser llevadas por los vientos de una administración irracional, como lo es la del presidente Reagan que ha reconocido públicamente su intención de no entregar el Canal, ni sacar las tropas de su sitio estratégico. Estratégico para la seguridad de Estados Unidos, pero no para la de Panamá, ni para la del Canal", ha dicho el general Manuel Antonio Noriega, el hombre a quien los seguidores de Torrijos identifican como su "mejor heredero" y sobre quien se abatió la furia norteamericana.

Desde 1981, pero más precisamente desde setiembre de 1985, cuando los funcionarios norteamericanos recogieron la primera negativa de Noriega a apoyar una aventura bélica en Centroamérica, Washington puso en la mesa de juego todas sus cartas.

Escenario de guerra

Como respuesta a las presiones estadounidenses, Noriega se involucró más aun en Contadora y realizó una gira ese año intentando llevar al diálogo a los ejércitos de Honduras y Nicaragua y eliminar lo que llamaba "un enfrentamiento artificial entre hermanos, que ha sido impuesto por una política ajena a la región y lesiva para nuestra propia seguridad". La tesis que confrontaba a Noriega con Washington era la posición del militar sobre "agotar las instancias de negociación porque nadie, ni uno de nosotros, escapará de un escenario de guerra en el lugar".

En enero de 1986, el encuentro del ex asesor de seguridad, John Poindexter con Noriega en la capital panameña fue más que duro, como lo describiera luego el *Miami Herald*. "Le dijo que EE.UU no apreciaba el papel de Panamá en el Grupo de Contadora porque ello afectaba las estrategias norteamericanas", señaló el periódico. Ante la negativa de Noriega a cambiar rumbos se decidió la campaña para "desautorizarlo" y la "primera parte fue la comparecencia de Elliot Abrams ante el Congreso denunciándolo por lavado de dinero" y otras cuestiones, añadió.

Desde julio de 1986, no hubo, se puede decir, ninguna actitud "medida". Washington preparaba las acciones contra Panamá organizando en ese país la Cruzada Civilista, cuyo primer antecedente fue en setiembre de 1985 la creación de la Coordinadora Civilista, cuando la magia irrumpió en el asunto.

En junio de 1987, un coronel de las Fuerzas de Defensa panameñas, Roberto Díaz Herrera, recibió "el mensaje mágico de la virgen", por intermedio del gurú Sathya Sai Baba, al que había conocido en Buenos Aires. Sai Baba, curiosamente, le indicó que debía dar su mensaje, justamente con los mismos argumentos que Washington usaba contra Noriega. El militar, que ya evidenciaba un delirio místico, vistiendo ropas de nazareno y jubilado, en esos días precisamente por su extraña conducta, sirvió para apresurar los planes.

La salida de la Cruzada Civilista intentó arrastrar a la población. En un primer momento hubo confusión, luego, como dirían los dirigentes sindicales "el agua se separó del aceite". Los integrantes de la Cruzada, con la abierta dirección del Partido Demócrata Cristiano, pequeño pero dinámico y cuyo modelo de democracia es El Salvador, pertenecen a la derecha pronorteamericana, así como al empresariado, ligado estrictamente por intereses al país del Norte. De la misma manera el Partido Panameñista de Arnulfo Arias, cuyo mejor antecedente democrático es una ley para la castración de ciudadanos negros.

La rebelión de los "rabiblancos", nombre acuñado a nivel popular para diferenciar a la clase alta, mayoritariamente blanca, del lugar, no tuvo el éxito esperado.

Todas las cartas estaban en juego. Díaz Herrera, quien en su delirio comenzó a cambiar su discurso y a enredar también a la Casa Blanca, pasó al olvido pero la campaña continuó. En setiembre de 1987, el Senado norteamericano tomaba partido abiertamente.

"Los demócratas tratan de lavar su culpa de la firma de los tratados de 1977 ante el electorado y apoyan a Reagan en el caso Panamá", dirían entonces los funcionarios panameños. Era un ultimátum mediante el cual se exigía al país centroamericano un cambio inmediato de gobierno e incluso se enviaba la estructura y el programa de ese gobierno. Como Panamá no aceptó dicho ultimátum, en noviembre de 1987 el país estaba sitiado. Cortada la ayuda económica, no habiendo logrado sus objetivos, ni con la campaña propagandística, ni con la presión económica, Estados Unidos cambió el rumbo hasta culminar con el envío de tropas, en las maniobras "guerrero total", en marzo de 1988.

La mecha encendida

Frente a Estados Unidos se han colocado las Fuerzas de Defensa de Panamá: el Partido Revolucionario Democrático (PRD) fundado por Torrijos, de tendencia socialdemócrata, el Frente Amplio Popular, de centroizquierda, el Laborista, el Partido del Pueblo, organismos cristianos de base, el panameñismo de Suárez, opositor a Arias, y otra serie de pequeños partidos. Sólo el PRD representó en 1984 al 68 por ciento del electorado. También apoyan una salida nacionalista, sectores republicanos y liberales opuestos a las dirigencias de sus partidos. En realidad ambos movimientos se han escindido. El republicano del destituido presidente Eric Arturo Delvalle tuvo sólo el 7,3 por ciento del electorado y ahora está dividido en tres sectores.

Delvalle ingresó a la fórmula presidencial, cuando su partido se unió al oficial PRD en la UNADE. Y fue nombrado por la Asamblea, siendo vicepresidente de Panamá, en 1985, ante la renuncia de Nicolás Arditto Barletta. Era un presidente transitorio hasta las elecciones generales de 1989.

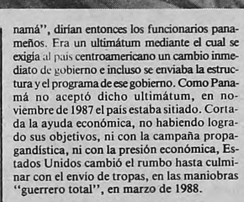
Los obreros, organizados en cuatro centrales sindicales, y unidos en el Consejo Nacional de Trabajadores (CONATO), confrontan a la Cruzada Civilista y a los norteamericanos. Y de la misma manera lo hacen los asentamientos campesinos. En los últimos días de 1987 se conformó la llamada Coordinadora de Organizaciones Populares (COOP), donde convergió toda esta "oposición anticolonial", para centralizar acciones.

Desde que Washington decidió las últimas medidas de guerra económica y retuvo al destituido presidente Delvalle en la Base Howard del ejército norteamericano, Panamá es un país sitiado, prácticamente sin agua, sin dinero circulante, sin luz.

Una buena parte de la población capitalina, desempleados, semiempleados, es pasible de influencia colonial, como señalan los estudios que los califican como "una sociedad lumpenizada por la propia existencia del Canal". Otros se aprestan a resistir junto a los militares. Algunos funcionarios del Pentágono saben que efectivamente encender la mecha es fácil pero apagar un incendio donde un grupo de militares nacionalistas ha juramentado —y puede hacerlo— elegir la ruta de la liberación nacional en un territorio que conocen como la palma de sus manos, contra un enemigo cuyos recursos militares también conocen como las palmas de sus manos, es un juego de guerra excesivamente peligroso.

Estos graves riesgos no se eliminarían ni aun si Washington lograra que funcionara su último juego de guerra, que es fracturar a las hasta ahora monolíticas Fuerzas de Defensa. En ese caso, de cualquier manera, significaría una fórmula de intervención y, como el propio Pentágono lo ha evaluado, "hay hombres entre los militares panameños que se han preparado severamente para esta eventualidad. Una guerrilla, con profesionales perfectamente adiestrados y al tanto de las zonas sensibles en el Canal y sus áreas, es un reto demasiado peligroso, sobre todo si se tiene en cuenta la indefensión de la vía acuática".

Para los militares panameños, aceptar la renuncia de Noriega por imposición de Washington, sería el primer paso para ceder todas y cada una de las costosas conquistas del torrijismo. "Entonces no habrá nada que oponer a lo que decidan los Estados Unidos" advierte el propio Noriega. Y sus compañeros asienten. Porque estos hombres, los mismos que estaban en el '69 junto a Torrijos, saben que con Noriega se aleja todo el estado mayor y la oficialidad que fue preparada para funcionar en un país futuro, independiente, donde debían reemplazar a las tropas norteamericanas del Comando Sur.



AFP

Un capitán de la armada norteamericana se apresta para los ejercicios militares en el disputado canal.



AFP

Ante la escasez de dólares, el gobierno panameño optó por pagar con monedas acuñadas seis años atrás.

CIEN MIL HOMBRES PARA UN CANAL

Por Adriana Schettini

Los norteamericanos siempre han creído que el Canal no era de Panamá sino de ellos. Los términos del tratado firmado en 1903 avalaban su creencia: Estados Unidos adquiría a perpetuidad el uso, la ocupación y el control de la zona del Canal, de aproximadamente diez millas de ancho, sobre la cual tendrían derechos soberanos "con entera exclusión del ejercicio de la soberanía, poder o autoridad por parte de Panamá". Además, el tratado otorgaba a los Estados Unidos el derecho de intervenir en los asuntos internos del nuevo país convertido en un protectorado norteamericano. Así, oficiales de gobierno y militares norteamericanos supervisaron las elecciones nacionales panameñas en 1908, 1912 y 1918. En este último año, un destacamento de *Marines* permaneció en la provincia de Chiriqui durante dos años para mantener el orden público. Y en 1925, 600 tropas de la armada norteamericana entraron en la ciudad de Panamá para romper una huelga de inquilinos. Durante doce días, los soldados patrullaron las calles para mantener el orden y resguardar la propiedad.

Desde su construcción, el asunto del Canal perturbó con prolija obsesión la vida política panameña. Los Estados Unidos se instalaron con bases, escuelas militares y fuertes en una zona de 1435 kilómetros cuadrados que divide en dos al país. Desde 1904, a ambos lados del Canal opera el Comando Sur, una de las cuatro unidades militares más importantes que los norteamericanos tienen destacadas en el extranjero.

Allí se asientan 10.000 efectivos destinados a diversas misiones en toda América latina, mientras que las Fuerzas de Defensa de Panamá cuentan con 16.000 hombres. Fuentes del Pentágono aseguran que 10.000 soldados resultan suficientes para enfrentar a las subequipadas fuerzas panameñas. Sin embargo, en privado, los funcionarios de la administración aceptan que las compuertas y el embalse son vulnerables en caso de un ataque repentino. Militares norteamericanos dijeron en ocasión de las negociaciones relativas al tratado que para asegurar la protección completa del Canal se necesitarían 100.000 efectivos, y que cualquier enfrentamiento militar requeriría que las tropas norteamericanas dispararan contra los panameños con las nefastas consecuencias políticas que esto originaría en el hemisferio. Aun así, un alto funcionario de la administración advirtió entonces que el gobierno de los Estados Unidos "no permanecerá de brazos cruzados observando una eventual toma del Canal".

El acuerdo de la discordia

"Qué infamia, Torrijos. Estoy seguro que cuando el pueblo norteamericano sepa esto va a sentir vergüenza", dijo Jimmy Carter en 1977 al admitir —luego de trece años de idas y venidas— la necesidad de firmar un nuevo tratado menos leonino que el de 1903. Sin embargo, muchos lo sabían, como el senador por California Hayakawa, que replicó: "Lo hemos robado bien robado, luego es nuestro".

Graham Greene y Gabriel García Márquez tenían prohibida la entrada a los Estados Unidos en virtud de la ley McCarran-Walter, aprobada en 1952, que permitía al gobierno impedir el ingreso al país a quien considerara sospechoso de ser comunista.

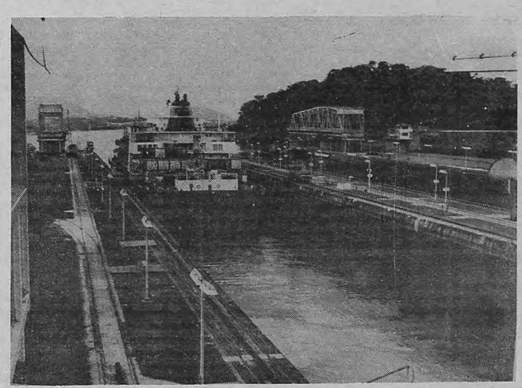
Sin embargo, en 1977 esa norma fue violada sin necesidad de recurrir a la vía clandestina. Más aún, los dos escritores pisaron territorio americano con el visto bueno de las autoridades. En aquel momento ellos integraban la comitiva que acompañó a Torrijos para la firma de dos nuevos tratados que permitieron un acuerdo de ambos países sobre la operación, defensa y neutralidad del Canal.

"Los Estados Unidos básicamente ganaron con los tratados", comentó Mario Galindo, un abogado que lideró en Panamá la oposición a la ratificación de los mismos. "De hecho —dijo— los nuevos acuerdos nos subordinan a los americanos más que nunca. Los tratados de 1903 por lo menos simulaban que Panamá era soberana. Los de 1977, le dan a USA el derecho de intervenir aquí sin siquiera pedir permiso."

Según los términos del acuerdo, Estados Unidos mantendría el control sobre todas las tierras, aguas e instalaciones —incluyendo bases militares— necesarias para administrar y defender el Canal hasta el 31 de diciembre de 1999. Además, se reconoce a dicho país el derecho perpetuo a asumir la protección y defensa del Canal, que mantendrá la neutralidad para siempre: "tanto en tiempo de paz como de guerra (el Canal) deberá permanecer seguro y abierto para el tránsito pacífico de las embarcaciones de todos los países en términos de entera igualdad". Otra cláusula del tratado garantiza a los Estados Unidos el eterno derecho a intervenir en Panamá: "Si el Canal fuera cerrado, —o sus operaciones interferidas—, tanto Estados Unidos como Panamá tienen el derecho de tomar todas las medidas que consideren necesarias, incluyendo el uso de fuerzas militares en la República de Panamá, para reabrir el Canal o restablecer las operaciones del mismo".

Torrijos firmó el acuerdo sin entusiasmo y advirtió a Carter: "Señor presidente, quiero que sepa que este tratado que firmaré y que deroga otro que no había sido firmado por ningún panameño (el de 1903), no goza de la aprobación de todo nuestro pueblo, porque los veintitrés años acordados como período de transición, son 8.395 días, porque durante este tiempo habrá aún bases militares que pueden hacer de nuestro país un blanco de represalias estratégicas, y porque estamos acordando un tratado de neutralidad que nos ubica bajo el paraguas protector del Pentágono. Este pacto podría, si no es administrado juiciosamente por las futuras generaciones, convertirse en un instrumento de intervención permanente".

"Torrijos era para mí impresionante. Hubiera ejercido mucha influencia en la situación actual. Quizás hasta hubiera tenido el desparpajo de enfrentar a Reagan", aseguró Graham Greene poco tiempo atrás. Entonces recordó las palabras del general panameño en la época de las elecciones norteamericanas: "Quiero que gane Carter —había aceptado Torrijos—, pero si gana Reagan esto puede ponerse divertido".



El Canal de Panamá, nudo del conflicto: según el tratado Torrijos-Carter pasará a manos panameñas en el año 2000.


AFP

Un capitán de la armada norteamericana se apresta para los ejercicios militares en el disputado canal.

namá'', dirían entonces los funcionarios panameños. Era un ultimátum mediante el cual se exigía al país centroamericano un cambio inmediato de gobierno e incluso se enviaba la estructura y el programa de ese gobierno. Como Panamá no aceptó dicho ultimátum, en noviembre de 1987 el país estaba sitiado. Cortada la ayuda económica, no habiendo logrado sus objetivos, ni con la campaña propagandística, ni con la presión económica, Estados Unidos cambió el rumbo hasta culminar con el envío de tropas, en las maniobras ''guerrero total'', en marzo de 1988.

La mecha encendida

Frente a Estados Unidos se han colocado las Fuerzas de Defensa de Panamá: el Partido Revolucionario Democrático (PRD) fundado por Torrijos, de tendencia socialdemócrata, el Frente Amplio Popular, de centroizquierda, el Laborista, el Partido del Pueblo, organismos cristianos de base, el panameñismo de Suárez, opositor a Arias, y otra serie de pequeños partidos. Sólo el PRD representó en 1984 al 68 por ciento del electorado. También apoyan una salida nacionalista, sectores republicanos y liberales opuestos a las dirigencias de sus partidos. En realidad ambos movimientos se han escindido. El republicano del destituido presidente Eric Arturo Delvalle tuvo sólo el 7,3 por ciento del electorado y ahora está dividido en tres sectores.

Delvalle ingresó a la fórmula presidencial, cuando su partido se unió al oficial PRD en la UNADE. Y fue nombrado por la Asamblea, siendo vicepresidente de Panamá, en 1985, ante la renuncia de Nicolás Ardito Barletta. Era un presidente transitorio hasta las elecciones generales de 1989.

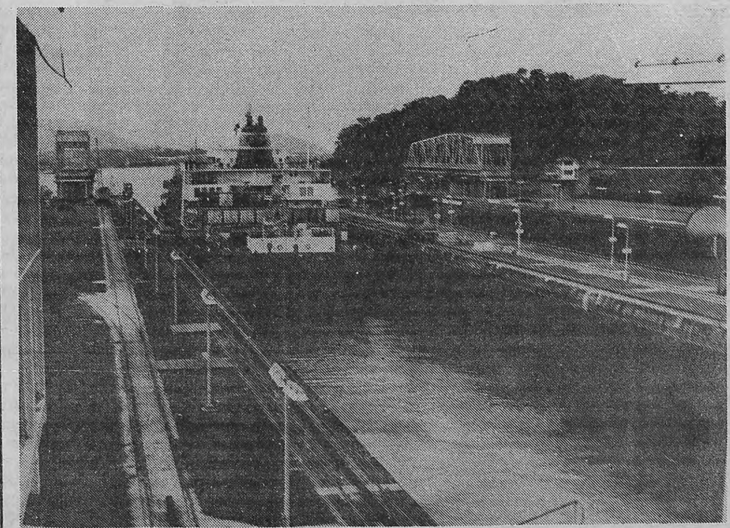
Los obreros, organizados en cuatro centrales sindicales, y unidos en el Consejo Nacional de Trabajadores (CONATO), confrontan a la Cruzada Civilista y a los norteamericanos. Y de la misma manera lo hacen los asentamientos campesinos. En los últimos días de 1987 se conformó la llamada Coordinadora de Organizaciones Populares (COOP), donde convergió toda esta ''oposición anticolonial'', para centralizar acciones.

Desde que Washington decidió las últimas medidas de guerra económica y retuvo al destituido presidente Delvalle en la Base Howard del ejército norteamericano, Panamá es un país sitiado, prácticamente sin agua, sin dinero circulante, sin luz.

Una buena parte de la población capitalina, desempleados, semiempleados, es pasible de influencia colonial, como señalan los estudios que los califican como ''una sociedad lumpenizada por la propia existencia del Canal''. Otros se aprestan a resistir junto a los militares. Algunos funcionarios del Pentágono saben que efectivamente encender la mecha es fácil pero apagar un incendio donde un grupo de militares nacionalistas ha juramentado —y puede hacerlo— elegir la ruta de la liberación nacional en un territorio que conocen como la palma de sus manos, contra un enemigo cuyos recursos militares también conocen como las palmas de sus manos, es un juego de guerra excesivamente peligroso.

Estos graves riesgos no se eliminarían ni aun si Washington lograra que funcionara su último juego de guerra, que es fracturar a las hasta ahora monolíticas Fuerzas de Defensa. En ese caso, de cualquier manera, significaría una fórmula de intervención y, como el propio Pentágono lo ha evaluado, ''hay hombres entre los militares panameños que se han preparado severamente para esta eventualidad. Una guerrilla, con profesionales perfectamente adiestrados y al tanto de las zonas sensibles en el Canal y sus áreas, es un reto demasiado peligroso, sobre todo si se tiene en cuenta la indefensión de la vía acuática''.

Para los militares panameños, aceptar la renuncia de Noriega por imposición de Washington, sería el primer paso para ceder todas y cada una de las costosas conquistas del torrijismo. ''Entonces no habrá nada que oponer a lo que decidan los Estados Unidos'' advierte el propio Noriega. Y sus compañeros asienten. Porque estos hombres, los mismos que estaban en el '69 junto a Torrijos, saben que con Noriega se aleja todo el estado mayor y la oficialidad que fue preparada para funcionar en un país futuro, independiente, donde debían reemplazar a las tropas norteamericanas del Comando Sur.



El Canal de Panamá, nudo del conflicto: según el tratado Torrijos-Carter pasará a manos panameñas en el año 2000.

CIEN MIL HOMBRES PARA UN CANAL

Por Adriana Schettini

Los norteamericanos siempre han creído que el Canal no era de Panamá sino de ellos. Los términos del tratado firmado en 1903 avalaban su creencia: Estados Unidos adquiría a perpetuidad el uso, la ocupación y el control de la zona del Canal, de aproximadamente diez millas de ancho, sobre la cual tendrían derechos soberanos ''con entera exclusión del ejercicio de la soberanía, poder o autoridad por parte de Panamá''. Además, el tratado otorgaba a los Estados Unidos el derecho de intervenir en los asuntos internos del nuevo país convertido en un protectorado norteamericano. Así, oficiales de gobierno y militares norteamericanos supervisaron las elecciones nacionales panameñas en 1908, 1912 y 1918. En este último año, un destacamento de *Marines* permaneció en la provincia de Chiriquí durante dos años para mantener el orden público. Y en 1925, 600 tropas de la armada norteamericana entraron en la ciudad de Panamá para romper una huelga de inquilinos. Durante doce días, los soldados patrullaron las calles para mantener el orden y resguardar la propiedad.

Desde su construcción, el asunto del Canal perturbó con prolija obsesión la vida política panameña. Los Estados Unidos se instalaron con bases, escuelas militares y fuertes en una zona de 1435 kilómetros cuadrados que divide en dos al país. Desde 1904, a ambos lados del Canal opera el Comando Sur, una de las cuatro unidades militares más importantes que los norteamericanos tienen destacadas en el extranjero.

Allí se asientan 10.000 efectivos destinados a diversas misiones en toda América latina, mientras que las Fuerzas de Defensa de Panamá cuentan con 16.000 hombres. Fuentes del Pentágono aseguran que 10.000 soldados resultan suficientes para enfrentar a las subequipadas fuerzas panameñas. Sin embargo, en privado, los funcionarios de la administración aceptan que las compuertas y el embalse son vulnerables en caso de un ataque repentino. Militares norteamericanos dijeron en ocasión de las negociaciones relativas al tratado que para asegurar la protección completa del Canal se necesitarían 100.000 efectivos, y que cualquier enfrentamiento militar requeriría que las tropas norteamericanas dispararan contra los panameños con las nefastas consecuencias políticas que esto originaría en el hemisferio. Aun así, un alto funcionario de la administración advirtió entonces que el gobierno de los Estados Unidos ''no permanecerá de brazos cruzados observando una eventual toma del Canal''.

El acuerdo de la discordia

''Qué infamia, Torrijos. Estoy seguro que cuando el pueblo norteamericano sepa esto va a sentir vergüenza'', dijo Jimmy Carter en 1977 al admitir —luego de trece años de idas y venidas— la necesidad de firmar un nuevo tratado menos leonino que el de 1903. Sin embargo, muchos lo sabían, como el senador por California Hayakawa, que replicó: ''Lo hemos robado bien robado, luego es nuestro''.

Graham Greene y Gabriel García Márquez tenían prohibida la entrada a los Estados Unidos en virtud de la ley McCarran-Walter, aprobada en 1952, que permitía al gobierno impedir el ingreso al país a quien considerara sospechoso de ser comunista.

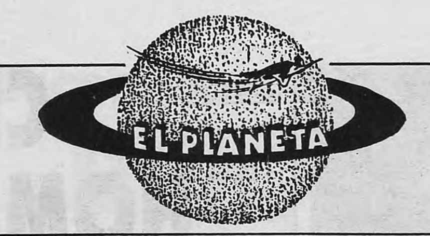
Sin embargo, en 1977 esa norma fue violada sin necesidad de recurrir a la vía clandestina. Más aún, los dos escritores pisaron territorio americano con el visto bueno de las autoridades. En aquel momento ellos integraban la comitiva que acompañó a Torrijos para la firma de dos nuevos tratados que permitieron un acuerdo de ambos países sobre la operación, defensa y neutralidad del Canal.

''Los Estados Unidos básicamente ganaron con los tratados'', comentó Mario Galindo, un abogado que lideró en Panamá la oposición a la ratificación de los mismos. ''De hecho —dijo— los nuevos acuerdos nos subordinan a los americanos más que nunca. Los tratados de 1903 por lo menos simulaban que Panamá era soberana. Los de 1977, le dan a USA el derecho de intervenir aquí sin siquiera pedir permiso.''

Según los términos del acuerdo, Estados Unidos mantendría el control sobre todas las tierras, aguas e instalaciones —incluyendo bases militares— necesarias para administrar y defender el Canal hasta el 31 de diciembre de 1999. Además, se reconoce a dicho país el derecho perpetuo a asumir la protección y defensa del Canal, que mantendrá la neutralidad para siempre: ''tanto en tiempo de paz como de guerra (el Canal) deberá permanecer seguro y abierto para el tránsito pacífico de las embarcaciones de todos los países en términos de entera igualdad''. Otra cláusula del tratado garantiza a los Estados Unidos el eterno derecho a intervenir en Panamá: ''Si el Canal fuera cerrado, —o sus operaciones interferidas—, tanto Estados Unidos como Panamá tienen el derecho de tomar las medidas que consideren necesarias, incluyendo el uso de fuerzas militares en la República de Panamá, para reabrir el Canal o restablecer las operaciones del mismo''.

Torrijos firmó el acuerdo sin entusiasmo y advirtió a Carter: ''Señor presidente, quiero que sepa que este tratado que firmaré y que deroga otro que no había sido firmado por ningún panameño (el de 1903), no goza de la aprobación de todo nuestro pueblo, porque los veintitrés años acordados como período de transición, son 8.395 días, porque durante este tiempo habrá aún bases militares que pueden hacer de nuestro país un blanco de represalias estratégicas, y porque estamos acordando un tratado de neutralidad que nos ubica bajo el paraguas protector del Pentágono. Este pacto podría, si no es administrado juiciosamente por las futuras generaciones, convertirse en un instrumento de intervención permanente''.

''Torrijos era para mí impresionante. Hubiera ejercido mucha influencia en la situación actual. Quizás hasta hubiera tenido el desparpajo de enfrentar a Reagan'', aseguró Graham Greene poco tiempo atrás. Entonces recordó las palabras del general panameño en la época de las elecciones norteamericanas: ''Quiero que gane Carter —había aceptado Torrijos—, pero si gana Reagan esto puede ponerse divertido''.



EL OTRO YO DE WILLIAM WALKER

Por Ernesto Tiffenberg

Cuando el oficial ayudante le extendió la tarjeta de presentación del enviado norteamericano, el general Noriega no pudo evitar un escalofrío. En un azul eléctrico, y exactamente debajo de las garras del águila, se leía: "William Walker, subsecretario auxiliar de Estado". En los segundos que demoró la entrada del visitante, el hombre fuerte de Panamá recordó una frase de Torrijos en la que jamás había reparado. "Y nunca se olviden del nombre de *Walker* —repetía esa tarde de 1977 el general ante sus hombres—, *William Walker,* ese filibustero que en 1856 desembarcó en Nicaragua con expresas instrucciones de incorporar la esclavitud en Centroamérica y a Centroamérica en los Estados Unidos. Por cuatro años dominó El Salvador y Honduras además de Nicaragua. Lo fusilaron, pero nos dejó el estigma de la esclavitud y el coloniaje."

Ignorante de las resonancias de su nombre, Walker viajó a Panamá para comunicar a Noriega que los Estados Unidos no pedirán su extradición por las acusaciones de tráfico de drogas si él renuncia a la Guardia Nacional y se establece en otro país. En su valija, también traía la oferta realizada por el enviado especial de Felipe González a Washington, Juan Antonio Yáñez, que puntualizaba la disposición española de acoger al cuestionado líder panameño, siempre y cuando la Casa Blanca no lo reclamara posteriormente.

Pocas horas antes del viaje de Walker, otros 3150 norteamericanos partieron en 55 aviones de transporte de tropas; también hacia el Sur, aunque detuvieron su vuelo en la base de Palmerola, ubicada a pocos kilómetros de la capital hondureña. Marlin Fitzwater, vocero de la Casa Blanca, usó pocas pero claras palabras para explicar los motivos del traslado: "Es una señal para los gobiernos y los pueblos de Centroamérica".

All together now

Aunque las diferencias en política exterior entre demócratas y republicanos no son exageradas, resultó sorprendente la unanimidad alcanzada por Reagan en respaldo de su política en Panamá. Sólo 40 minutos de debate bastaron para que 367 representantes, con dos votos en contrario, aprobaran una resolución que solicita a Noriega que abandone el cargo de comandante. Poco antes, la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, acaudillada por el liberal Edward Kennedy, había impulsado una resolución similar en la que se exigían nuevas y mayores medidas de presión sobre la exhausta economía panameña. Washington ya congeló 50 millones de dólares depositados en bancos norteamericanos, además de los 6,5 que debía pagar la semana pasada por el uso del Canal. También suspendió todas las preferencias comerciales, lo que implica una pérdida para Panamá de 96 millones de dólares. A ello se suman los 20 millones que reportan los 11 mil barcos que viajan con bandera panameña, congelados en los consulados de los países deudores.

Lo único que por ahora diferencia a palomas y halcones es la posibilidad de la intervención directa de tropas. En representación de los segundos el propio George Bush, vicepresidente y principal precandidato republicano a la presidencia, afirmó que "los Estados Unidos se deben reservar el derecho de hacer todo lo que parezca necesario, incluido el recurso a la fuerza militar, para defender sus sagrados intereses en Panamá".

El secreto del inusual consenso no se encuentra en los verdaderos objetivos de la ofensiva norteamericana sino en el último *hit* de la política interior: la guerra contra las drogas. Nadie pierde el sueño por desestabilizar a un aliado poco confiable en el combate contra Nicaragua, ni tampoco por conseguir un régimen "democrático" estable, dispuesto a negociar en buenos términos lo que Washington entiende como "puntos oscuros" del tratado que prevé la devolución del Canal de Panamá para el primer día del año 2000. Sin embargo, el alcalde de Nueva York, Ed Koch, se encargó de explicitar las preocupaciones de gran parte de sus compatriotas después de años en que la administración culpara a las drogas de todos los males norteamericanos contemporáneos. "Los comunistas no están cruzando nuestras fronteras —señaló el alcalde—, pero las drogas sí. El objetivo de los traficantes es volvernos drogadictos a todos."

Aunque no desperdicia la oportunidad de acusarlo de comunista y potencial terrorista por la solidaridad que le han brindado Cuba, Nicaragua y Libia, el principal argumento público de Reagan contra Noriega es el lugar que parece ocupar en el tráfico de drogas hacia Estados Unidos. La popularidad del tema llevó a la Casa Blanca a reanudar el círculo en otro de los focos de conflicto en el Caribe. La semana pasada, el gran jurado federal de Miami acusó al coronel Jean-Claude Paul, el hombre fuerte de Haití, de facilitar el uso de su aeropuerto privado para trasladar droga a Estados Unidos. El coronel no se presentará a declarar ya que no existe tratado de extradición entre los dos países, pero si la situación de Haití sigue deteriorándose, quizá Reagan crea tener una buena excusa para intervenir.

Buenos Alumnos

Woodrow Wilson, el presidente de Estados Unidos que inauguró el Canal de Panamá en 1915, afirmó que "le enseñaría a las repúblicas latinoamericanas a elegir buenos gobernantes". Setenta años más tarde Reagan parece convencido de sus lecciones y, peor aún, los supuestos alumnos no hacen oír su voz repudiando los hechos.

El primer impacto lo sufrió la reunión de cancilleres del Grupo de los Ocho, en pleno desarrollo cuando el ex presidente Eric Delvalle intentó inútilmente desplazar a Noriega. La resolución adoptada entonces por las siete principales democracias latinoamericanas (Argentina, Brasil, México, Colombia, Venezuela, Perú y Uruguay) —suspender a Panamá del grupo hasta que no se aclarase la situación— es ampliamente conocida. No lo es tanto la discusión que precedió al comunicado.

Argentina abrió el fuego solicitando la solidaridad del grupo con el presidente derrocado. Algo previsible para los que todavía no olvidaron los remezones de Semana Santa y Monte Caseros. Igualmente previsible fue el inmediato apoyo que recibió de Perú, cuyo presidente Alan García conoce el iceberg que mostró la punta con la masacre de la cárcel de Lurigancho. Tampoco resultó una sorpresa que fuera justamente México el encargado de recordar los peligros que entrañaba desentenderse del papel norteamericano en los hechos tan decididamente condenados. Como señala Wolf Grabendorff, un estudioso de las políticas exteriores latinoamericanas, como resultado de su experiencia histórica México tiene en este campo dos metas fundamentales: "La defensa de los principios de no intervención y de autodeterminación".

El resultado de la discusión no conformó totalmente al gobierno argentino, que dio a conocer un comunidado propio de solidaridad con Delvalle. Después reinó el silencio. Perú retiró su embajador de Panamá. Argentina y Brasil convocaron a los suyos para informar (los dos regresaron hace tres días) y México no movilizó al suyo. El candidato oficialista a la presidencia en Venezuela, Carlos Andrés Pérez, utilizó su vieja relación con Noriega para intentar convencerlo de una salida honorable, un objetivo que, además de Reagan, comparten en voz baja las principales cancillerías latinoamericanas, renuentes a defender la enturbiada imagen del general. "Lo primero es que Noriega se vaya —coinciden en señalar—, después habría que instalar un gobierno de transición con un inmediato llamado a elecciones, supervisadas por el Grupo de los Ocho." Una posición que, aunque cite en sus fundamentos el principio de no intervención, lo diluye en un estudiado "realismo" a la moda.

Washington no oculta su satisfacción. Después de todo no es el respeto de la débil ley internacional, sino el temor a la reacción doméstica y mundial, lo que pone límites a su intervención directa en la región. Latinoamérica mantiene el bajo perfil de su política, Europa sólo piensa en coordinar con Estados Unidos la salida de Noriega y Japón —segundo inversor en Panamá y destino final del 46 por ciento de los barcos que atraviesan el Canal— ya olvidó ante las presiones su aparente rebeldía inicial. Parecen muchos más que diez los años que pasaron desde que el embajador mexicano ante la OEA, Rafael de la Colina, denunciara la intromisión norteamericana en América Central. "Si no podemos evitarla de otro modo —concluyó—, al menos que nuestro silencio no nos haga cómplices."

Envalentonada por el consenso interno y la falta de respuestas externa, la Casa Blanca no dudó en hacer lo que ya tenía decidido hacía dos semanas. Ocultó al Congreso los preparativos nicaragüenses para una nueva ofensiva en la frontera, bloqueó la votación del proyecto demócrata de "ayuda humanitaria" a los contras, obligó al presidente hondureño, José Azcona, a solicitar ayuda militar invocando el TIAR, y mandó las tropas de despliegue rápido a pocos kilómetros del frente de batalla, con el objetivo de forzar al Congreso a reanudar el apoyo a los contras. No obstante, sin Noriega de por medio, todos los precandidatos demócratas y varios países latinoamericanos y europeos criticaron una presencia que corporiza los fantasmas de la intervención directa.

Algunos kilómetros más al sur —aunque todavía no se conocen los resultados de la gestión de Walker—, el caos económico en que se ha hundido Panamá por las medidas de asfixia decididas por Washington, y las primeras fisuras en las Fuerzas de Defensa puestas en evidencia por el fallido intento de derrocar a Noriega, resultan una prueba del éxito que parece acompañar hasta ahora la ofensiva norteamericana. No resulta difícil suponer que en estos días alguien en la Casa Blanca se encargará de recordar las flemáticas palabras del general Wellington: "Salvo la derrota, no hay nada más amargo que cierclase de victorias".

